

X

Juan tenía ya quince días, cuando una mañana, después de la visita del médico, la señora Frédel fué á buscar á su yerno al comedor, donde muy ocupado, recopilaba partes de orquesta para un poema sinfónico en que trabajaba.

Félix no había encontrado mejor sistema de combatir su interior tortura que dedicarse activamente al trabajo; veía á Albina varias veces al día, hacía algunas visitas á su hijo, que le acogía con imperturbable indiferencia, y se encastillaba en su orquística como en una fortaleza.

Salía á eso de las cuatro, volvía á las siete, comía con su suegro y á veces con su suegra, y hal'aba de esta suerte miserable su existencia. Comprendía, sin embargo, quedadas las circunstancias, cualquier otro modo de vivir sería inconveniente, y tascaba el freno en silencio.

No había vuelto á ver á la Berrioz, que por su parte tampoco dió señales de vida. Por Desroches y por la prensa supo ella el nacimiento del niño.

—Yerno—dijo la señora Frédel.

Otras veces le había llamado Félix; el compositor vió en este cambio el rompimiento de las hostilidades y la miró con aire agresivo.

—Yerno—replicó la madre de Albina;—no tengo intención de promover un escándalo, siendo completamente inútil que nos digamos cosas desagradables; pero es necesario que oigas lo que tengo que decirte.

Había tomado un tono de autoridad muy diferente de su ordinario afecto. La antigua hija del pueblo reaparecía con su sencillez de lenguaje un tanto brusco, enemiga de los largos rodeos que ordena la cortesía adquirida.

—Sé dónde has pasado el día en que mi hija estaba moribunda; ese día y muchos otros....

—¿Ha hecho usted que me espíen?—interrumpió Félix con tono burlón.

Ella hizo con la cabeza un signo negativo.

—¡No merecía la pena, te ocultabas tan poco! Por lo demás, se sabe cuanto se desea saber con sólo proponerse, y á veces se llega á saber más de lo que se quiere. En una palabra, sé ...

—¡Todo!—interrumpió su yerno con el mismo tono de burla.

—No me incomode usted, señor Armor—replicó la madre de Albina con calma—y evite los malos modos. Lo sé todo, en efecto; pero lo que le parecerá á usted más extraño, es, que ni mi hija ni mi marido saben nada, porque no deben saberlo. Mi hija, porque sucumbiría; y en cuanto á mi marido, nada le he dicho porque le rompería á usted la cabeza.

—¿Y me la romperá si vuelvo á las andadas?—preguntó Armor irónicamente.

—Mientras Albina viva, no; pero si llega á morir no respondo de nada.

—¡Ya estoy advertido!—exclamó Félix—¡emprende usted mal camino para hacer de mí un buen marido, señora! Tengo mala cabeza, ya lo sabe usted.

—Ya está usted advertido, es cuanto tenía que decirle.

—¡Vaya una escena original!—dijo Armor pugnando por reír; en las tragedias se maldice, pero esto ni siquiera es una comedia.

—Caballero—repuso la señora Frédel irguiéndose con una dignidad natural, que extinguió la risa en los labios de su yerno;—no somos personas del gran mundo, sino

obreros enriquecidos; pero usted ha encontrado á nuestra hija buena para casarse con ella y á nuestro dinero bastante honradamente ganado para ir con nuestra hija. Debe usted pues, respetarnos, porque si usted me falta, no soy yo la perjudicada, sino usted mismo.

Armor bajó la cabeza mordiéndose el bigote. No era realmente malo, sino muy egoísta.

—Queremos á nuestra hija, caballero;—y su voz, ante<sup>s</sup> fuerte, temblaba entonces.—La queremos mucho más que vd.

Félix quiso interrumpirla pero ella le miró y tuvo que callarse.

—Sólo la queremos; á ella, y suplico á vd. que nunca le hable de esta aventura. Pero si algún día supiese por cualquiera algo que pudiera herirla. . . . tendríamos el divorcio. volvería á nuestra casa con su hijo.

—¡Me gusta!— exclamó Félix.

—Volverá á nuestro lado con ó sin divorcio cuando quiera— repitió tranquilamente la señora Frédel— y todo el mundo le dará la razón. Si usted la quiere procure que se encuentre bien aquí; yo no se lo he de impedir, lo juro. Ya está fuera de peligro; vd. es quien debe evitar cualquier recaída. Ahora bien, es preciso que ignore lo que le he dicho á vd. y lo que vd. me ha respondido, pues quiere mucho á su madre, y le guardaría rencor, lo cual me asusta.

La señora Frédel se fué al cuarto de Albina. Armor, vencido, desechado, cogió el sombrero y salió á pasear su mal humor. A cosa de las cinco, en lo alto de la calle de Taitbout, encontró á Desroches que le tomó del brazo conduciéndole hasta el boulevard Haussmann. Hacía quince días que no se habían visto.

—¡Vamos, Félix—dijo Desroches—ya sabes que no soy un puritano. pero qué diablo!

—¡Ah! ¿vas tú también á aburrirme?— repuso el músico; bastante he aguantado de mi suegra . . .

—No sé lo que habrá podido decirte tu suegra; pero lo que yo tengo que reprocharte es no haberte sabido conducir de modo que tu mujer no llegase á saber nada. . . . Tu aventura corre por todo París y no faltará algún alma caritativa que se encargue de contársela.

—¿Y qué quieres que le haga?—dijo Armor con aspereza, tratando de evadirse; pero Desroches estrechó su brazo.

—¿Tienes una mujer deliciosa y vas á perder la vergüenza con ese penco de la Berrioz?—continuó el poeta.

—¡Tú eres quien me ha presentado!—interrumpió Félix.

—¡Pero no es para engañar á tu mujer con ella!—respondió Desroches.—Ya conoces mis opiniones. ¡Yo respeto el hogar! Sí, puedes reírte, pero me es lo mismo. Respeto á las mujeres virtuosas, felices, confiadas; y la tuya. . . . ¡la tuya me da lástima! ¡A los dos años! . . .

—¿Has concluido?—dijo reposadamente Félix deteniéndose.

—Sí, he concluido; es decir, no, tengo que decirte una palabra. ¿Has abandonado á tu mujer? Pues ten cuidado, no encuentre quien la conste. Buenas tardes.


Armor quedó como clavado en tierra: ¡no había pensado en eso! Luego, haciendo un gesto deliberado:

—¿Albina?— se dijo:— ¡No tengo nada que temer! Pobre muchacha, es demasiado prudente. . . .

Sin embargo, el resultado de esta doble reprimenda le hizo reflexionar. Amaba todavía bastante á su mujer para hacerse ilusiones sobre sus propios sentimientos, y además, ¡estaba tan linda, tan conmovedora con su palidez y su ternura de joven madre.

Comenzó un nuevo aprendizaje de joven marido para con su Albina y supo lo encantador que era hacerse perdonar, no la infidelidad, que esto ignoraba su mujer, sino la negligencia con que tanto le había hecho sufrir.

Con los templados días de Mayo, con la frescura de las nuevas hojas, con el nacimiento de las rosas en las canastillas del jardín, Albina se sentía animada de otra vida. No volvió á recordar el pasado más que como un vago sueño, el presente le ofrecía mil goces, y ella no quería desperdiciarlos.



---

---

## XI

Cuando una joven vuelve á entrar en sociedad después de la consagración de la maternidad, parece ocupar o posición en medio de sus amigas que la reciben con mayor simpatía, y le guardan mil consideraciones, estableciéndose entre ella y las demás la masonería de las madres, cuyo inagotable asunto de conversación es el niño. La esposa de Félix Armor experimentó todo esto en mayor grado de lo que esperaba. Su aparición en las tertulias de sus amigas fué saludada con sentidas frases y delicadas atenciones, que agradeció sobremanera, pues lo que le habia faltado hasta entonces en sociedad era un poco de calor en los cumplidos que recibía: alentada de esta suerte, se atrevió á mostrarse tal como era, y pocos la conocían: espiritual á veces, inteligente y buena siempre.

Fué la mujer de moda en aquel invierno, la que todo el mundo visitaba y quería tener en sus reuniones ó á su mesa.

Armor se sintió orgulloso de semejante éxito, así como de la belleza de su mujer, realzada por el reflejo de la felicidad que en ella se revelaba; estuvo mejor dispuesto á mostrarse amable, y una nueva luna de miel brilló en su casa.

La benevolencia de Félix acaso se hubiera nublado conociendo una de las causas del favor tributado á su esposa.

El misterio de la trágica jornada que había señalado el nacimiento de Juanito era del dominio público. ¿Quién lo divulgó? Nunca se sabe cómo tales cosas se descubren; aquél que se creía único depositario de un secreto peligroso permanece en silencio para descubrirlo por un exceso de *sabias* precauciones.

Buena parte del interés tributado á la mujer de Armor procedía de conocerse por todo el contraste entre el peligro que ella y su hijo habían corrido y el asunto en que Félix se ocupó aquel día.

Junito iba creciendo. Era un niño delicioso, algo débil aún, pero de una belleza inmaterial, que encantaba á su madre, mientras las amigas cambiaban entre sí á espaldas de ella miradas llenas de compasión.

Hay niños que parecen nacidos para morir, no enseguida, sino después de haber resumido en una florecencia cortísima todos los goces que pueden procurar seres tan pequeños. Juan era uno de ellos. Apenas tenía algunas semanas, cuando ya conocía á su madre y le sonreía. A los seis meses reía á carcajadas, intentando palmotear con sus manitas cuando veía que su padre se acercaba.

La inmaterialidad de Juan no estaba en la transparencia de su color ni en la delicadeza de su cutiz; residía en su mirada inteligente, en las revelaciones de su sonrisa, en el cariñoso llamamiento de sus manitas extendidas y en la indelible triteza que se apoderaba de su infantil fisonomía cuando era llevado lejos de su madre. Casi nunca lloraba, pero cuando lo hacía, no eran gritos, sino ahogados sollozos lo que dejaba escapar su pecho, sacudido por el dolor como el de un hombre.

A medida que crecía, este aspecto personal, tan diferente de la vulgaridad de todos los niños, se acentuó cada vez más. A los dieciocho meses Juan Armor era alguien con quien su madre podía ya hacerse entender.

Albina le adoraba, esta pasión la absorbía por completo; sin duda que amaba tiernamente á su marido, pero según

Juanito avanzaba en edad, era más y más su constante preocupación.

El temor de una muerte precoz la perseguía á todas horas.

—Es demasiado hermoso para que se logre— decía, mirándole con los ojos arrasados en lágrimas.

De noche permanecía inmóvil ante la cuna espionando su débil respiración, cual si temiese que aquel tierno espíritu pudiera escaparse sin apercibirlo. Se inclinaba temerosa por entre las cortinas. Juan dormía tranquilamente. Entonces tocaba su cerrada manita, y sintiéndola templada, se tranquilizaba.

Tales son las angustias que afianzan profundamente el amor en el corazón de las madres. Juan, desde que le habían destetado, tenía la costumbre de ver á su madre sobre él cuando despertaba.

Costó algún trabajo separarle del seno de la nodriza, por la cual sólo sentía, no obstante, una afección relativa, pues amaba instintivamente á su madre por encima de todo. Aprovechando la ocasión de haber estado malo, fué como Albina le llevó á su habitación.

Tentado de murmurar en un principio, Félix no dijo nada, sin embargo. En efecto, un niño que no lloraba podía apenas incomodarle. Lo que le fastidiaba sobre todo era la lamparilla en el cuarto, sombrío hasta entonces; pero como tenía buen dormir, se acostumbró pronto. Además, iban á salir para Etretat, donde podía arreglar su vida de otro modo.

Excitábale, cuando por casualidad despertaba, ver á Albina en pie junto á la cuna, ó sentada en la butaca, teniendo en brazos al niño, enteramente despierto, pero callado. La idea de hallarse muy á sus anchas en tanto que su mujer pasaba tan malas noches, le ponía de mal humor.

—¡Qué! ¿No puede dormir en su cama ese chico?— preguntó más de una vez de mal talante. Albina le respondía

con una sonrisa y posaba un dedo sobre sus labios. El niño volvía la cabeza rápidamente diciendo con voz clara:

—¡Papá!

¿Qué responder á semejante lenguaje? Armor se callaba y reanudaba su interrumpido sueño.

En aquellas largas noches de silencio que ambos pasaban desvelados, el uno contra el corazón del otro, solos, por decirlo así, en la inmensidad que parecía rodearlos más allá de la cerrada habitación, Albina y su hijo se amaron entrañablemente.

Habíanse posesionado uno de otro mediante ese amor peligroso que anula á los demás. La madre amaba quizás demasiado á su hijo, pero este amaba seguramente demasiado á su madre, pues llegó á no poder vivir un instante sin ella. Diríase que arrancado antes y con antes del seno materno, se asía á él fuertemente para recuperar las semanas de vida interior que le habían sido robadas y que le faltaban siempre.

En Entretat hallaron una vida más apacible; reserváronse para sí el cuarto del balcón por donde Félix había subido al venir de casa de Desroches, y el padre tomó otro alojamiento.

Félix es un estío delicioso. Juan se tendía sobre el césped como una flor de invernadero expuesta al sol, y que adquiere de improviso fuerza y color, sin perder nada de su delicadísimo encanto. Su padre estaba orgulloso, porque era el niño mimado, la maravilla de la playa, y su cotidiana aparición trataba en derredor suyo á todas las mujeres jóvenes ó viejas; las muchachas estaban locas por él, y al cogerle, tenían modales de mamás enteramente cómicos.

¡Feliz Armor! ¡Todo le sonreía! ¡Primero él mismo, luego su música! Su mujer y su hijo venían á completar la triunfal guirnalda que ceñía su cabeza. ¡Feliz Armor! Trabajaba, además, con ardor y se conducía de modo ejemplarísimo.

¿Se sabe cómo el diablo se desliza en una alma perfec-

tamente tranquila y le sugiere la tentación? ¿Por qué un hombre que escribe un poema sinfónico y que reina en todos los corazones á causa de la doble cualidad de músico y padre de un niño hermoso como el sol, es víctima de la idea de ir á Dieppe á pasar una semana? ¿Por qué se encuentra con una linda muchacha, antigua conocida, aunque perfectamente olvidada, lo cual le presta el encanto de lo imprevisto, unido al recuerdo de un agradabilísimo pasado?

Así fué cómo Armor fué por segunda vez infiel á su mujer sin la más leve sombra de disculpa.

¿Experimentó algún escrúpulo de conciencia? No. Sólo sentía remordimientos cuando la aventura terminaba mal. Era uno de esos hombres que no ven la falta más que si se vuelve en desventaja propia.

Por lo demás, se mostraba buen marido, buen padre, ¿qué otra cosa se le podía exigir? Por naturaleza, tenía necesidad de la adoración de una mujer. Enferma, debilitada, teniendo apenas fuerza para vivir, Albina le había perdido por vez primera antes del nacimiento de Juan; esta vez, su amor apasionado por el hijo fué lo que le arrebató á su esposo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MATEOS"  
CALLE 1025 MONTERREY, MEXICO

## XII

Juan sufría una dentición penosa, que preocupó á su madre hasta el punto de pasarse semanas enteras sin ver á nadie, excepto á las personas que se tomaban el trabajo de subir al chalet.

Desroches era de éstas; había cobrado al niño una de esas afecciones singulares de celiibe, nacidas al calor de los encantos infantiles. Juanito le atraía con esa especie de inclinación que produce en el alma de un poeta cuanto es hermoso y está destinado á perecer; le hacía charlar, rodaba con él sobre la alfombra y no se cansaba de tenerle en brazos.

Desroches quería también á Albina; antes la había encontrado algo gazmoña y reservada; el silencio de la joven le parecía una muda reconvención; pero conociéndola mejor, la juzgaba muy pura y algo tímida; su afecto se convirtió en amistad al verla indulgente con ciertas pequeñas debilidades, por las cuales no creyó que pasaría.

Una tarde fué á buscarla al chalet después de comer. Ella había hecho que sus padres asistiesen á la representación de una comedia festiva, desempeñada por buenos actores, y completamente sola, paseaba por el salón con su hijo en brazos á fin de dormirle.

La pieza estaba sin luz, pero todavía penetraba mucha claridad por una de las ventanas, que se hallaba abierta de

par en par. Albina iba y venía á lo largo de la estancia, ligera como una sombra, llevando al niño en sus brazos y cantándole á media voz una de esas melodías propias para arrullar á las criaturas; de cuando en cuando se paraba creyendo que Juanito se había dormido. Con su delicada y ya armoniosa voz, el niño comenzaba entonces la canción, y Albina, volviendo á marchar, la continuaba, muy cansada, pero resuelta á no dejarle en la cuna hasta que estuviera completamente dormido. ¡Había sufrido tanto aquel día!

Los criados estaban comiendo en la cocina. Como el chalet se encontraba abierto, Desroches penetró por él hasta el salón, en cuya puerta llamó. Albina nada oyó y prosiguió su canto. Desroches entreabrió la puerta. Ella, que se volvía en aquel momento, le apercibió.

—Entre usted—le dió á entender con un movimiento de cabeza.

—¿Sola?—dijo entrando con cautela.

—Sí. Va á quedarse dormido, siéntese usted.

Desroches tomó asiento sobre el poyo de la ventana, y Albina comenzó de nuevo el canto por lo bajo; de tiempo en tiempo sus vestidos rozaban el traje del poeta.

—¿Dónde está Armor?

—Ha comido aquí. Está en el Casino según creo. Papá y mamá también han ido; dicen que es una cosa muy divertida.

Hablaba tan bajo que Desroches no le hubiera oído á no estar acostumbrado á su voz.

De repente el niño, que parecía dormido, se enderezó sobre el brazo de su madre y miró al poeta. Sin duda le reconocía, porque se recostó de nuevo sonriente y cerró los ojos. Desroches experimentaba una extraña emoción, cierto anudamiento de garganta, cual si sintiera ganas de llorar. En aquel momento reinaba en el salón un profundo silencio, sólo interrumpido por el ligero rozamiento del vestido de Albina.

Por último, se sentó junto á él con muchas precauciones en una silla pequeña.

—¿Le va usted á tener así toda la noche?—dijo Desroches como en broma, pero con temblorosa voz.

—No, dentro de poco le subiré.

—¿Pero no usted misma, pesa mucho!

—Yo misma. Cuando la niñera le coge, no sé cómo se las compone que siempre despierta.

Juan se movió. Albina le mecía un poco sobre sus rodillas, apoyándole la cabeza en el brazo derecho, mientras dejaba descansar el izquierdo tendido á lo largo de su cuerpo.

—¿Quería usted hablar con Félix?—repuso al cabo de un instante.

Desroches se mordió el bigote antes de responder.

—No—dijo por fin.—A quien deseo hablar es á usted.

Albina le miro sorprendida.

—Tengo que pedirle un favor—añadió para tranquilizarla.—Me ocurre una cosa ridícula.

Juan lanzó un ligero grito sin despertar....

—Continúe usted—dijo Albina—voy á cantar para que no oiga su voz; y continuó la canción dulce y monótona con tan débil voz que sólo su hijo, acostumbrado á ella, podía oírla á través de su sueño.

—¡Una cosa ridícula!—añadió Desroches.—Tengo una hermana en provincias, de más edad que yo, y la dió la idea de casarse á los treinta y nueve años. Naturalmente tuvo una hija, eso no podía faltarle. Ahora ha quedado viuda; el médico la mandó cambiar de aires y me lo ha escrito. ¿Qué debía yo hacer? Le he dicho que se venga, y está á punto de llegar con su hija. ¿Qué quiere usted que haga con ellas? ¡Me van á fastidiar... y se escandalizarán de mí! Pero, en fin, hay que resignarse.

—Usted es muy bueno—dijo Albina sin dejar de cantar.

Desroches continuó su relato. Era cosa bien particular

hablar acompañado de aquella imperceptible melodía; pero no dejaba de tener, al propio tiempo, un indecible encanto.

Casi era noche cerrada.

—La madre no es molesta, enferma, siempre en casa, y además su luto.... La niña tiene catorce años... He pensado también, que tal vez usted apenas sale; este año... no sé si se le ha visto diez veces por la playa.

—No puedo—dijo con sencillez Albina.

—Si; ya lo sé; y puesto que vd. no puede salir, la muchacha vendría... Es simpática, y le gustan los niños... ¡Si á Juan le fuere simpática, sería una famosa niñera! Y por do... ó tres semanas... Vamos, eso me sería muy conveniente, porque, créalo vd., no sé qué hacerme.

—Enviemela vd.—dijo Albina sonriendo.

Ya no se veía, pero Desroches adivinó su sonrisa.

—Vamos, voy á subirle—añadió, reuniendo todas sus fuerzas para poder levantarse con el niño, pero estaba tan cansada, que tuvo que intentarlo por tres veces.

—¡Ea!—dijo Desroches—vd. no puede... démele.

Y le cogió con tal destreza, subiéndole la escalera que el niño no se apercibió de nada. La niñera esperaba en lo alto con una luz.

Desroches colocó á Juanito en la cuna.

—¡Qué hermoso es!—dijo Albina mirándole extasiada.

—¡Encantador!—replicó el poeta enderezándose.—No comprendo cómo puede vd. tenerle por espacio de dos horas... Solamente de haberle subido me duelen los riñones.

—¡Es porque usted no es su madre!—dijo la joven con una sonrisa de triunfo.

Desroches miró en torno suyo aquella habitación tranquila, á donde nunca había ido; por la ventana entreabierta se distinguía el mar y el reflejo de las luces de la ciudad. En el interior había un dulce aroma, una tranquilidad y una pureza inefable....

—¡Caramba!— pensó Desroches— ¡quien debía estar aquí, es el padre y no yo!

Se dió prisa á bajar, como un intruso que se hubiera extraviado. Albina le siguió hasta el salón, y, una vez en él, dijo Desroches:

—Conque ¿quedamos conformes? Mañana le enviaré á usted mi provinciana—añadió dirigiéndose hacia la puerta

—Cuando usted quiera. ¿Qué, se va usted ya?

Ella miró un instante, y de repente, con tono algo brusco, exclamó:

—Sí. Acuéstese [usted que buena falta le hace. Buenas noches, vecina.

Albina oyó crugir en el jardín los pasos de Desroches.

—¡Ah! ¡qué cansada estoy!—dijo casi en voz alta—¡qué cansada!

Recorrió con la mirada el salón como buscando un objeto que pudiera interesarle, y no encontrándolo, subió lentamente á su cuarto, hizo que su doncella la desnudara, y no tardó en quedarse profundamente dormida.



### XIII

Magnalena Frémy miraba á Albina, y Albina miraba á Juan; sentados los tres sobre una extensa alfombra á la puerta del chalet, bajo la sombra de unos álamos, parecían todos muy dichosos, aunque por modo diverso.

Magdalena era una muchachuela morena y delgada, con cabellos encrespados, á pesar de todo cuidado, ojos sombríos, nariz y boca grandes, pequeña de estatura, y tan tímida que aparecía soberanamente torpe. Su traje negro acababa de darle una semejanza [que no tardó Juanito en descubrir, hojeando un libro de estampas iluminadas, compuesto principalmente de aves. De repente posó su dedito sobre una página mirando con insistencia á Magdalena.

— ¡Coco! —exclamó.

—Es un cuervo, hijo mío—dijo Albina siguiendo con la mirada la dirección del dedo del niño.

¡Coco!—repitió Juanito—señalando con el índice á Magdalena.

No había remedio: Magdalena quedaba bautizada con el nombre de Coco. La semejanza era tan evidente, que Desroches no pudo menos de reír á carcajadas, cuando una hora más tarde fué á buscar á su sobrina. A la pobre Coco misma, aunque un tanto mortificada al principio, no tardó en parecerle apropiado, y hasta agradable semejante calificativo.



Era una buena muchacha, más vieja que sus mismos años, como acontece con los hijos nacidos de padres de alguna edad. La estrecha vida de provincia que había llevado entre su madre y el convento, donde estaba externa, junto á su padre, empleado pedante y rutinario, no le había permitido ningún goce.

La existencia misma de su tío Desroches, de quien vagamente había oído hablar como de un sér mundanal, casi peligroso, fué para ella una revelación.

Se podía, pues, tener hermosos cabellos blancos, lindos bigotes negros, aspecto espiritual, hablar de todo, decir tonterías, reír las mucho, vivir en una buena casa, donde había cuadros inconvenientes, que representaban mujeres desnudas; tocar el piano, tirar al sable, fumar todo el día, armar una zambra de mil diablos con una docena de amigos. ¡Había hombres así, y Magdalena tenía la dicha de tener á uno de ellos por tío!

¡Oh! ¡Qué buena vida pudo darse entre el chalet Frédel y la casa Desroches!

Dispuesta siempre á agradar, á prestar su ayuda, constantemente silenciosa, y recogiendo cada palabra de los demás, mientras que su pobre mamá tomaba el sol en una silla, Coco fué la más dichosa de las muchachas huérfanas.

Había llorado á su padre, tan funcionario y tan poco papá; mas su pena se aminoraba de día en día, y sólo pensaba ya en su desgracia los momentos que dedicaba al rezo.

Sin embargo, se acordaba con frecuencia de su padre, pero era para traer á la memoria las jiras campestres en que juntos habían tomado parte, los regalitos que le había hecho el día de año nuevo, ó cualquier otra cosa agradable. El buen natural de Coco le hacía evitar instintivamente cualquier recuerdo ingrato, y su modo de llevar el luto era pensando bien de las personas que había perdido.

Juan adoró á Coco que fué su caballo, su perro, su haz.

merreir, su amiga y su juguete. Coco tuvo la misión de hacer agradable la vida de aquel hombrecito, tan favorecido ya de la suerte, y la realizó con la gravedad de conciencia que la caracterizaba. Apenas reía, y muy pocas veces asomaba á sus labios una ligera sonrisa, pero en su gracioso rostro existía cierta expresión de reconcentrada felicidad.

—Ella se divierte interiormente—decía Desroches—pues me parece que á menudo se burla de nosotros.

—¡Oh, tío mío!—protestaba Magdalena con extravagante acento champañés.

Nunca, hasta entonces, había visto la mar, pues la pobre muchacha no salió de Châlons-sur-Marne, de donde era natural. Todo le causaba sorpresa, é hizo de Albina su única confidente, no sólo porque le inspiraba confianza absoluta, sino porque era la madre de Juanito, su ídolo.

Pasó el estío. El mes de Septiembre fué tan hermoso que Albina y Desroches permanecieron en Etretat, hasta que Magdalena se vió obligada á volver al convento de Châlons.

La despedida fué tristísima. De buen grado, Coco hubiera hecho propósito de abandonarlo todo por no separarse de su Juan. Pero como no siempre puede hacerse lo que se desea, volvió á las arenosas llanuras de su provincia.

—¡Hasta el año que viene, Juanito mío!—le dijo conteniendo un profundo suspiro.

Le habían advertido que no llorase, á fin de no excitar la sensibilidad de su amiguito. Fué heroica, y no lloró hasta llegar al coche, pero una vez en él su llanto fué un diluvio.

Juan, por su parte, mostró cierto estupor al verse privado repentinamente de su compañera. Era un niño lleno de dignidad, que no perdía el tiempo en demostraciones; después de haber preguntado con gravedad por Coco, en varias ocasiones, no volvió á hablar de ella, cual si ya la

hubiera echado en olvido. Su madre, sin embargo, no se equivocaba.

— Se acuerda mucho de ella— decía Albina— y se pone triste.

En aquel infantil cerebro ocurría, efectivamente, algo extraordinario. Juan trataba de comprender las crueldades inútiles del destino, lo que era un estudio no [poco arduo para un niño de dieciocho meses.

Vuelto á París, ocuparon su atención y le proporcionaron alguna alegría varios objetos que le habían sido familiares en otras ocasiones, especialmente un caballo de madera, del que no se quiso separar después que le volvió á ver.

Andaba solo, comenzaba á hablar, y parecía tener buena salud. La llama latente en el fondo de sus oscuros ojos inquietaba constantemente á su madre, la cual se decidió á no tratar más esta cuestión, viendo que todo el mundo le reprochaba sus ridículas aprensiones, hasta la misma señora Frédel.



#### XIV

El invierno fué brillante; el poema sinfónico de Armor, ejecutado en un gran concierto popular, tuvo éxito, aunque inferior al de la *Reina Aurora*. Pero la naturaleza misma de la obra, no estaba creada para provocar menos entusiasmo? Tal era el parecer de Armor y de la mayor parte de sus amigos, excepto Desroches.

No vale tanto como la ópera cómica— le dijo un día con tono de profunda convicción.— Y si no pones cuidado, tu obra próxima valdrá menos que ésta. Tea cuidado, amigo mío, no trabajas bastante. Así se descende á pasos agigantados.

Albina le escuchó y le parecía injusto. ¡Cómo! ¿Félix no trabajaba? ¡Pues si no hacía otra cosa! ¡Hasta había tenido necesidad este invierno de trabajar fuera de casa porque el ruido que Juanito producía le impedía abstraerse en sus meditaciones! ¡Desroches no era razonable! Había probado querer á Armor, pero sia embargo, esta vez se portaba mal.

El domingo siguiente Albina asistió á otra audición del poema sinfónico, pues lo había escuchado una sóla vez en condiciones de tal agitación, que no pudo juzgarlo. Sin embargo, era bellissimo, estaba segura de ello.... Acaso tenía menos originalidad que la *Reina Aurora*, pero seguramente

más trabajo. ¿Cómo había podido decir Desroches que Félix no trabajaba bastante?

Terminada la audición, Albina quiso salir; pero como estaba sola porque Félix se había ido con los artistas desde el comienzo, no se atrevió á afrontar el mal humor de las personas á quienes habría tenido que molestar. Permaneció, pues, sentada, algo inquieta, buscando con los ojos á su marido, que no podía dejar de venir á buscarla. Una voz pronunció delante de ella el nombre de Félix; puso atención y escuchó el siguiente diálogo:

—No está mal esta nueva obra de Armor —decía un caballero muy elegante á otro de aspecto huraño que se hallaba sentado junto á él.

—Hay talento en el fondo; pero yo esperaba más de él después de su ópera. Aquel *Canto de Bodas* era un derroche de ingenio.

—No se tiene en la vida dos veces la misma suerte, á menos de merecerla —respondió con una voz gruñona el huraño. . . . —Armor ha tenido demasiada suerte, todo le ha venido muy de prisa; creyó haber llegado á la meta y se equivocó; bien está que se aperciba de ello.

—Es usted severo —dijo el otro riendo.

—Yo soy así: no me gustan los hombres que hacen obras feas, so pretexto de que el genio necesita expansión. . . . Le he guardado siempre rencor desde el nacimiento de su chico. . . . ¿No sabe usted nada? Pues mientras su mujer estaba muriéndose él se había ido á pasar el día de campo con esa tal Berrioz, que ni siquiera se merece la cuerda con que debían ahorcarla. . . .

Albina hizo un movimiento brusco cual si fuese á gritarle: —¡No siga usted!

Sin apercibirse de nada el hombre continuó:

—Y además, pretende que todo eso le es necesario para la inspiración.

—Se va lejos por ese camino —dijo su interlocutor.

—Pues yo creo más bien que se ve uno obligado á de tenerse. . . .

—Dispense usted, señora —dijo Albina á la que estaba á su lado, tratando de abrirse paso.

Al oír esta voz conocida, el hombre huraño volvió la cabeza y se puso colorado.

Descolorida, casi sin fuerzas para sostenerse, Albina pudo unirse á Armor, que le había hecho seña para que saliese. La orquesta comenzó el prelude de otra composición, y Albina desapareció del brazo de su marido.

Aquel diálogo, sorprendido á la casualidad en medio de una gran reunión de gente, había sido para la pobre mujer un luminoso rayo que alumbró en su inteligencia algo hasta entonces confuso.

Aquel rayo de luz, fatídico como el resplandor de un relámpago, caía cruel y violento sobre hechos siempre misteriosos, mentiras mal urdidas y ausencias inexplicables. Sin duda aquello podía ser una calumnia ó simplemente un error. . . .

Algunos meses antes, Albina se hubiera resistido á creerlo; entonces no dudó un instante.

Se sintió herida en la esencia misma de su vida moral. Albina no era ya, como antes del nacimiento de Juan, un sér impersonal que se deja arrastrar por la corriente, capaz tan sólo de vivir y sufrir; tenía al presente la razón clara, el juicio exacto, y si de algo se sorprendió fué de no haber caído en ello antes, de no haber adivinado más pronto.

Un hombre enamorado de su mujer es muy diferente de un buen marido; mil delicados matices separan ambas situaciones. Cuando el amor no ha intervenido nunca, la mujer puede no apercibirse de que se le abandona; pero si fué amada en un principio, es imposible que lo dude ya.

Armor, por lo demás, era incapaz de desempeñar seriamente un papel cualquiera; no creía obrar mal divirtiéndose un poco ahora que nada erojoso tenía que temer. Eso no le impedía amar á Albina, según él creía, y, puesto

que no se debe tratar á la mujer propia como á una querida, lo cual sería faltarle, un artista, un creador, un hombre de genio, en una palabra, ¿debía estar condenado á no beber nunca en la copa que contiene todos los placeres de la vida? El compositor quería experimentar todas las embriagueces: tal era su derecho. ¿Qué digo? Tal era casi su deber...

Albina comprendió vagamente todo esto; su buen sentido, su fiatura de percepción y una intuición extraña y profunda, que á veces le iluminaba, le hicieron recomponer trozos de frases, fragmentos de conducta que habían pasado sin chocarle, pero que no obstante, quedaron grabados en su memoria.

Comprendió no sólo la situación real, sino también los motivos que Félix había podido alegar ante sí mismo para justificar sus acciones, y le juzgó como á un extraño. Recordó las insinuaciones agrídulas, los pareceres encontrados que habían precedido á su matrimonio, y de repente se sintió otra mujer, otra Albina nacida el día en que el *Canto de Bodas* cayó bajo el dominio público. La Albina del día de la boda acababa de morir; pero su agonía había comenzado entonces.

Nadie sabe lo que el alma humana puede sufrir de un modo latente, ignorado, sin que trascienda nada al exterior, sin que ella misma parezca tener conciencia de tal sufrimiento.

Se pone uno triste sin saber por qué, atribuyéndolo á las mil pequeñas contrariedades de la vida, cuando de pronto se percibe uno de que tiene una herida profunda, incurable. Todo se revela entonces con sorprendente claridad, sabiéndose la hora, el minuto en que se ha sido herido.

Albina se sumergió instantáneamente en el abismo del dolor. Había adorado á Félix; le amaba todavía, no sólo como se ama á un marido, sino también con todo el entusiasmo que inspira una gran admiración artística, una de esas

admiraciones que, en otros tiempos, han hecho cruzarse á la puerta de la Opera puñetazos ó estocadas, según el nivel social de los entusiastas. ¿Iba todo esto á desplomarse á la vez? ¿Debería confesar que había admirado el genio de Armor porque amaba á Félix? Y, si Félix le era infiel, ¿caería de su pedestal el compositor? No. Había amado y admirado mucho, y era también muy joven para sucumbir á la desesperación del momento. Félix se alejó de ella sin duda porque no supo retenerle á su lado. Muy enferma en un principio, abrumada por los cuidados que exigía, ¿no era natural que le hubiese perdidó una vez?

El tesoro de amor que guardaba en sí, la bondad apasionada de su generosa alma, excusaban á Félix; pero nada podía disculpar á la Berrioz.

Albina se la representaba con los ojos provocativos y crueles, y el torrente de su indignación de mujer honrada barrió de su existencia aquella ignominia. ¡Félix, asociado siquiera un instante con semejante criatura! ¡Ni siquiera quería pensarlo! Ella era seguramente quien había seducido á Armor... Todo estaba más que perdonado, olvidado cual si no existiese.

Pero, ¿y ahora?...

Luchará en silencio valerosamente contra las locuras de una imaginación de artista. La pobre, en su inocencia, desconocía el poder del vicio sobre algunas naturalezas; no sabía que su hermosura, su juventud, su pudor, todas las virtudes encantadoras que, de vez en cuando, por contraste, atraerían á su marido, eran precisamente las que le tenían alejado del resto del tiempo. Después de sus groseros caprichos, vendría á beber el néctar puro y fresco de la ternura legítima, saboreando con delicia un amor tan diferente, en el fondo y en la expresión, del que gustaba en otras partes....

Por el fondo, únicamente por el fondo casto, era por lo que Armor se unió á ella ...

¡Félix Armor! Había arreglado bien su vida, y mientras su lucha, Albina guardaría silencio frente á todos. No era ella de las que comunican su dolor á oídos burlones ó indiferentes: ganadas ó perdidas, sus batallas permanecerían en secreto.

Su madre especialmente no sabría nada: la señora Frédel merecía ser dichosa, y Albina no turbaría su reposo. Además, Félix, dento de poco, no tendría pretexto para sus largas ausencias, la habitación de la isla era demasiado pequeña é iban á mudarse; habían comprado un espacioso hotel en la calle de Bolonia; allí comenzaría una nueva vida.

Era á Juan, mecido en sus rodillas, á quien contaba todo, devorando sus lágrimas mientras le dormía por la noche. En una vaga melodía le cantaba sus resoluciones, entremezcladas de palabras de ternura para el ingrato padre, tan querido.

—Tú también, cielo mío, harás llorar á las mujeres algún día—le cantaba meciéndole;—sé bueno con las que lloren, y sobre todo, hijo mío, guárdate de las demás.

Las blancas y finísimas ropas del niño fueron humedecidas más de una vez por las lágrimas de su madre; pero ni él ni su padre lo supieron nunca.



## XV

Llegó Marzo con sus bruscos cambios de temperatura. Si se salía sin paraguas por la mañana, se volvía calado á medio día. Si, por la engañosa dulzura del aire á las dos de la tarde, se aligeraba uno de ropa, se hallaba transido de frío antes del obscurecer.

En uno de aquellos pérfidos días, Juan volvió á casa tosiendo volentemente. Venía muy encendido y quejándose.

—Esto no será nada—dijo la señora Frédel, que salió al encuentro á toda prisa.

—Que no salga en ocho días—dijo el médico.

—Mi hijo no tiene remedio—se dijo Albina, mirándole con una profundidad de intuición, que le quitaba toda esperanza.

Nadie sabía como ella lo que había disminuido de peso el niño, en cuestión de dos meses. La balanza acusaba, en efecto, alguna disminución, pero ella se había anticipado á la balanza. Cuando el doctor afirmaba que, al crecer tan de prisa, debía necesariamente padecer algo, Albina sabía que no era el crecimiento lo que causaba tal cambio en la criatura, sino algún mal, tanto más temible cuanto que ella lo presentía. Pasó el acceso de fiebre, disminuyó la tos, y reapareció el apetito.